ES861
N

NIEBLA

LYDIA NOGALES

NIEBLA

COLECCION POESIA

Volumen 38

Hecho el depósito que marca la ley.

Primera edición
Departamento Editorial
Ministerio de Cultura
San Salvador, 1956.

Segunda edición
Dirección de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1977.

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras 145. San Salvador,
El Salvador, Centro América.
1977

LYDIA NOGALES

NIEBLA

MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, C. A.

E5561
N

NOTA EDITORIAL

Cuando Raúl Contreras llega a Madrid, España, a principios de la segunda década de este siglo, lleva muchas ilusiones y muchos proyectos literarios de los cuales pocos en verdad realizará. De esto ha quedado constancia en una correspondencia con su amigo Romeo Fortín Magaña, quien asimismo se siente fuertemente atraído por las letras, aunque ya está a punto de terminar —o acaba de terminar ya— sus estudios de jurisprudencia. Raúl y Romeo cambian cartas, cada uno con su particular estilo; bromista y de un buen humor invariable el primero; sencillo y un poco tímido, pero de inteligencia clara y lógica, el segundo. Raúl tiene el don de la palabra bella, hecha con igual eficacia e inspiración para el verso como para la prosa; en reciente campaña unionista se ha dado a conocer también como orador de verbo brillante.

Pronto se adapta al ambiente madrileño, en aquel entonces tan peculiar e interesante con sus peñas y tertulias establecidas en los diversos cafés de la Villa del Oso y del Madroño, como el café de Levante, el Gato Negro, el Regina, el Varela, el Negresco, el Pombo. En este último oficia, sábado a sábado, el insuperable Ramón, creador de las greguerías, transformando semanalmente, con su inagotable ingenio y don de mando, la noche sabatina en acontecimientos literarios donde la broma y el juego quitan a lo literario toda seriedad y envaramiento, donde al final del banquete o de la cena pantagruélicos, Ramón Gómez de la Serna tiene la suprema habilidad de orquestar los temas y los temperamentos en aras del arte y de la musa risueña y cascabelera.

I

Pero otros ilustres literatos como Benavente, Valle Inclán, los hermanos Manuel y Antonio Machado, Gregorio Martínez Sierra, tienen cada uno su tertulia aparte. Y así van brotando de esas tertulias, de esas peñas, la frase ingeniosa que recorre todo Madrid, la ocurrencia y el chiste surgidos al calor de la taza de café con leche y de la media tostada, o del café con "carajillo" para entonar el cuerpo en las frígidas noches invernales cuando desde la vecina sierra de Guadarrama llega a la Villa y Corte un airecillo sutil que mata un hombre y no apaga un candil, según el dicho popular madrileño.

Raúl absorbe a pulmón pleno ese encantador ambiente, frívolo y serio a la vez, aristocrático y popular, pero en el que el aire está saturado de especial gracejo y de buen humor, sobre todo para la juventud que se inicia en las diversas carreras y que estudia en la Universidad Central, o que, bajo el signo del más audaz optimismo y de las más encumbradas ilusiones, se inicia en el oficio literario, creyéndolo fácilmente glorioso. A poco de estar allí se da cuenta Raúl —con su inteligencia rápida y su don de observación— que la vida literaria, tal como aparece en el teatro o en las novelas, es muy distinta de la de todos los días y que, aun cuando los libros reflejen algo de ella, la realidad es muy otra. Madrid es todavía una ciudad relativamente pequeña, con un lejano trasunto, apenas perceptible ya, de pueblón manchego, a pesar de la belleza y suntuosidad del Palacio de Oriente, del Museo del Prado, de sus avenidas elegantes como la Gran Vía, de sus paseos, plazas y glorietas. Pero lo que acaba de darle más sabor a la vida madrileña, son las pensiones y fondas, donde se vive en un ambiente familiar y donde se come y bebe bien y por poco dinero. El mismo Raúl me contaba, cuando lo visité en su apartamento frente a la plaza del Conde Suchiles en 1966, a finales, que antes de la guerra civil (1936-1939) cada comida constituía algo opíparo, rociadas siempre esas comidas por el generoso Vadepeñas, tinto o blanco, con los sabrosísimos callos los viernes y la rica gama de pescados y mariscos, merluzas mediterráneas y mejillones malagueños y esos imponderables percebes traídos, me parece, del Cantábrico y que suelen acompañarse con cerveza en los días calurosos del verano.

Tiene oportunidad Raúl Contreras de ver desfilar ante sus ojos de hispanoamericano vivaz la agitada política de entonces; los finales del eterno turno de los gobiernos liberales y conservadores; el golpe de estado incruento del general Miguel Primo de Rivero, en 1924, que inauguró la Dictadura de seis años llamada la "dictablanda"; y, en lo literario, la entrada de Azorín a la Real Academia Española, la investidura de Maeztu como embajador de España en la Argentina, con la desaprobación de los intelectuales liberales, el derroche de sabiduría y arte hecho por don Ramón del Valle Inclán en su tertulia del café la Granja del Henar; en

fin, trabaja Raúl como redactor de la "Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes", fundada por José María de Gamoneda y dirigida a la sazón por Juan B. Acevedo y a la que lo llevó su amigo Alberto Martín Alcalde. Poco antes ha obtenido un triunfo magnífico al leer, ante sus Majestades don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, su Canto a la Raza un 12 de Octubre, poema que le granjeó simpatías en el mundo oficial y literario. A fines de 1925, el Ministro de El Salvador, don Ismael G. Fuentes, es trasladado por el Gobierno salvadoreño a la misión diplomática de Berlín, Alemania, otorgándole el Rey la Gran Cruz de Isabel la Católica. Elevada de rango por ese mismo Gobierno su representación diplomática en aquella corte, designó como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario a don Rodolfo Schonenberg, quien presentó sus credenciales al Rey, acompañado en la ceremonia por el secretario de la Legación don Raúl Contreras.

* * *

Ya en aquellos años lejanísimos para nosotros Raúl Contreras comienza a sentirse inquietado por una criatura, hecha de niebla y ensueño, a la que bautizara con el nombre de Lydia y apellidara Nogales; surge así al mundo de la poesía Lydia Nogales, de quien yo sólo conozco una tocaya: Lydia de Cadaqués, la que se creyó haber sido modelo de la "Bien Plantada" de Eugenio D'Ors, una mujer de ésa, de carne y hueso, en tanto que la del salvadoreño es hecha de intangible materia para volar muy alto. De acuerdo con lo que me comunicó Alfredo Huertas García, amigo íntimo de Raúl cuando ambos formaban parte de la tertulia madrileña llamada "Amigos de Cervantes", ya en aquel tiempo Raúl había escrito versos inspirados por Lydia y que aparecieron en "La Voz de Correos", de Madrid; en esa tertulia también participó otro salvadoreño ilustre, Rodolfo Barón Castro, historiador preclaro, autor de "La Población de El Salvador" y actual secretario de la Oficina Iberoamericana de Educación, con sede en Madrid, y la cual depende del Ministerio de Educación y Ciencia de España. Lydia Nogales se le impuso a Raúl, su creador, con fuerza incoercible de tal modo que éste, ya desde aquellos remotos años, hubo de componer muchos de sus poemas bajo el signo de ella, dictados por ella, con ese desdoblamiento natural en el dramaturgo, en el novelista, pero infrecuente en el poeta lírico, cuyo subjetivismo le hace hablar y componer sólo para sí.

Lydia Nogales nació, pues, en la plenitud del proceso creador de Raúl Contreras, por una impostergable necesidad psíquica y literaria, con una

voz purísima de doncella enamorada y con un don de canto que llamaría fuertemente la atención de los poetas tanto en Centro América como en España. Pero ésta es otra historia que amerita párrafo aparte.

* * *

Regresa Raúl a El Salvador, acompañado de su esposa Isabel y de sus hijas Mabel y Alma, jovencitas las dos, en 1946, tras haber pasado la dolorosa experiencia de la guerra civil española y la no menos dolorosa de la segunda guerra mundial en Vichy, Francia, adonde tuvieron que trasladarse las misiones diplomáticas luego de la caída de París.

Por ese entonces Alberto Guerra Trigueros, quien tanto me estimuló en mis primeras andanzas literarias, me presenta a Raúl Contreras. Surge entre nosotros simpatía y más adelante amistad, que el tiempo consolidaría.

Una mañana de domingo del mes de junio de 1947 fui a visitar a Alberto, que adolecía de molesto quebranto de salud que lo hizo guardar cama por largos meses. A su cuarto de enfermo íbamos los amigos a visitarlo y a tener con él largas e interesantes conversaciones, a veces animadas discusiones sobre arte y literatura. Entre nosotros los jóvenes, y aun entre sus amigos con un nombre en las letras nacionales, Alberto Guerra Trigueros ejercía indudable magisterio debido a su sólida cultura y aguda inteligencia hecha para la controversia y la discrepancia, suavizada esta tendencia de su espíritu por su bondad innata. Alberto sabía interesarse por sus amigos y hacerles oportunas sugerencias sobre sus obras; era un maestro del buen gusto y de la erudición bien trasegada y pertinente; crítico de arte excelente, supo aconsejar a nuestros artistas y animar las primeras exposiciones pictóricas realizadas en el país. Aquella mañana me mostró Alberto la página literaria de "La Tribuna" y, como quien no quiere la cosa, me indicó unos versos aparecidos allí firmados por una tal Lydia Nogales, a la que no presté mayor atención.

Me permito transcribir párrafos de mi artículo "Lydia Nogales: un infundio literario", aparecido en el diario "La Tribuna", de esta capital, el miércoles 16 de julio de 1947. hace pues la friolera de treinta años... bastante agua ha corrido desde entonces bajo los puentes del Acelhuate...

La súbita aparición de una poetisa, como un meteoro en el cielo de nuestras letras; una poetisa, que según la opinión de sus elogiadores, es de las buenas, es asunto que no podemos menos de comentar los que somos aficionados a estas cosas.

Bajo los auspicios de tres poetas: Hugo Lindo, Raúl Contreras y Manuel José Arce y Valladares, tres padrinos de ringorrango de quienes la afortunada neófita ha tenido el honor de recibir el espaldarazo consagratorio, aunque suene un poco mal esto de dar el espaldarazo, por muy literario y metafórico que sea, a una dama; bajo los auspicios de esos tres poetas, digo, Lydia Nogales sale al escenario de nuestras letras a bombo y platillo y bajo abundante luz de teatrales reflectores.

A última hora, un padrino más, Alberto Guerra Trigueros, también de mucho ringorrango, ha brindado a la "inspirada" su aquiescencia y aplauso; con lo que el trío padrinal hase convertido en un cuadrilátero de poetas que aplauden a rabiar movidos por el sacro entusiasmo...

Así me expresé en parte, incrédulo, ante la aparición de Lydia Nogales, y mi artículo fue el detonante que puso en el disparadero muchas plumas y máquinas de escribir. La primera vez que supe de Lydia Nogales fue el 22 de junio de aquel año. Leí entonces el soneto "Holocausto" y la presentación hecha de Lydia por Hugo Lindo, director de "La Tribuna" en ese entonces. La verdad es que Hugo sabía tanto como yo de la inesperada poetisa duende como la llamé en mi artículo. Tampoco el bueno de Manuel José sabía más que nosotros. Si algo sabía Alberto Guerra Trigueros y, desde luego, Raúl sí que lo sabía todo acerca de ella; claro, él era el padre de la criatura...

Raúl Contreras, habilidoso, supo rodearla de misterio y expectación, esto es evidente. Supo crear un personaje irreal pero bello, con perfil desdibujado para excitar aún más las imaginaciones; pero, eso sí, con voz auténtica, que vino a sumarse, por derecho propio, al coro de voces líricas femeninas de lengua española. No todos los días es posible crear, dentro del plano del más puro lirismo, una sombra de mujer que diga cosas portadoras de subida emotividad en cadenciosos versos, echando mano de los más difíciles recursos de la métrica. Ya en su primer libro, "Armonías íntimas", publicado aquí en San Salvador en 1919, Raúl había dado muestras de poseer capacidad creadora innegable y dominio del verso, cualidades confirmadas más adelante en "La Princesa está triste...", Glosa escénica en tres actos de la Sonatina *de Rubén Darío (Madrid, 1925) con prólogo de Julio Cejador, quien se expresó: "Raúl Contreras, el conocido poeta salvadoreño, ha glosado la* Sonatina *poética y dramáticamente, desenvolviendo los personajes en ella esbozados, bosquejando los paisajes, desarrollando el sentir de las almas, desabrochando los pechos, desmenuzando la psicología del corazón virginal de la doncella, cumpliendo sus deseos en parte; pero rematando con remate trágico, para cerrar con broche de oro y muy personal la linda glosa escénica".*

Tal el juicio del crítico literario español, juicio que confirmó Manuel

Machado al decir: "la Princesa es la misma princesa de Rubén, pero el poeta es un gran poeta también"... La generosidad en las letras siempre ha existido y yo estimo que debe seguir existiendo, a menos que se echen por la borda la caballerosidad y la buena educación o cortesía literaria como gustaba decir Alfonso Reyes. Pero la realidad es que Raúl Contreras, con su glosa escénica, contribuyó a dar brillantez al teatro postmodernista al lado de Fernández Ardavín y otros dramaturgos de la época.

Valiosos son sus dos libros "Presencia de humo" y "En la otra orilla", póstumo este último. Rara habilidad muestra el poeta en el manejo del soneto; pero creo sinceramente que nunca superará al extremado lirismo con que hizo cantar a Lydia Nogales, y que poemas como "Hermana tristeza" y otros, recogidos en "Niebla", serán inmortales mientras haya poesía.*

Partió Raúl Contreras muy joven a España en busca de la gloria literaria; allá luchó en buena lid en sus primeros tiempos en el siempre azaroso y difícil campo de las letras; fue diplomático y desde su puesto de diplomático salvó muchas vidas españolas durante la guerra civil, secundado por otro salvadoreño de fibra, Rodolfo Barón Castro. La vida redujo sus proyectos iniciales tal vez desmesurados, mas no para el mozo romántico que partió a la Madre Patria llevando a cuestas el fardo ingrávido de las ilusiones; pero así y todo, la obra de Raúl Contreras, breve materialmente, posee en "Niebla" gran intensidad lírica, y seguramente Lydia Nogales perdurará en la poesía de lengua española con acusado acento y dolorido sentir íntimo, con palabra tierna hecha de matiz y de ala.

Despojada la historia de la gentil poetisa de la anécdota circunstancial, que no he podido menos de evocar, desvanecida mi incredulidad que, un poco irreverente, quiso, en un momento dado, poner alas de plomo a aquel vuelo —pecados de la insensibilidad con que a veces demostramos a contrapelo, que el lirismo es decantación suprema del buen gusto y del hondo sentir—, el tiempo, y sobre todo una lectura más atenta para captar los valores contenidos en los poemas de "Niebla", me hizo apreciarlos con otra óptica, más segura y amplia.

Luis Gallegos Valdés

San Salvador, junio de 1977.

---

* Para formarse un juicio completo del asunto, es preciso leer el libro de Juan Antonio Ayala "Lydia Nogales, un suceso en la historia literaria de El Salvador", Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, 1956. Allí estudia Ayala, de primera mano, el Nogalismo y el Anti-Nogalismo y todas las incidencias que trajo consigo la

aparición de Lydia Nogales. A su vez este libro provocó, al cabo de casi una década, nuevas discusiones y acres comentarios en torno a Lydia Nogales y sus admiradores. Lydia Nogales representa, para los antinogalistas, el estertor de la poesía romántica, subjetivista, torremarfileña, frente a la poesía de cartel, de protesta, hecha por los jóvenes "comprometidos". Dos posiciones irreconciliables, con implicaciones incluso en el campo de la política, surgieron en esa época. El crítico Jorge Arias Gómez relacionó a Lydia con la juventud neurótica "con sus horizontes oscuros, sus puertas cerradas y su mundo esotérico envuelto en metafísica". "Nosotros no queremos muerte sino vida dentro de la colectividad". Ante el elogio de Claudia Lars, que llamó a Lydia "niña de la palabra de agua pura" en el soneto que aparece antecediendo a "Niebla", la poesía de aquella última hornada pedía "una nueva estética humana, con música de azada, de martillo y de sierra; la que nuestra juventud debe cultivar porque le habla no al corazón sino a los músculos"... Ante lo aéreo y leve —la rosa—, lo musculoso, pedregoso, golpeante; poesía de extremismos que, en su devenir, ha llegado a ser llamada anti-poesía; poesía de extremismos que, en ese comentario, parecía apelar a las extremidades inferiores... ("Hay que enterrar a Lydia Nogales" por CANTACLARO, El Diario de Hoy, 15 diciembre de 1956).

A LYDIA NOGALES

Niña de la palabra de agua pura.
Abierta rosa, repentina y leve;
hermana soledad, color de nieve,
cambiando en llama viva su blancura.

Estoy aquí, con tu inicial dulzura,
con tu edad sin ayer, perenne y breve;
y en cielo interno, que tu voz conmueve,
alzo la palma de virtud y altura.

Dando mi abeja de oro, mi uva densa,
fui por la sangre de la tierra inmensa
sufriendo la pregunta y el latido.

¿Alumbra en la ceniza lo que ha muerto?
¡Extraña novia del amor despierto,
yo soy la amante del amor dormido!

Claudia LARS.

EL VIAJE INUTIL

Todo era azul en la primer salida...
Azul la embarcación, azul el puerto.
El corazón, hacia la luz abierto,
soñaba con la tierra prometida.

Y en el retorno, con pavor de huida,
anclo en mi propia soledad y advierto
que, tras de mí, se iluminó el desierto
y que en la luz se me quemó la vida.

Aquel azul... ¿era un azul de aurora?
Bajo la niebla, el corazón ahora
no atisba las señales para el viaje

sin término, sin rumbo, sin destino.
Aquel azul me alucinó el camino...
Y fui... y estuve... pero nada traje.

DANZA DE LAS HORAS

I

El signo de partida... pero ¿cuándo?
El vuelo inexorable... pero ¿cómo?
Todavía mis alas son de plomo
y el que espera mi arribo, está esperando...

Así como quien ríe, así cantando
la parte inútil de la vida tomo.
Si algunas veces al jardín me asomo,
mi savia dulce a los rosales mando.

Porque sé que la hora es oportuna,
tendida al sol, al viento y a la luna,
aguardo las señales milagrosas...

Y ante el frágil temor de la partida,
entretengo el engaño de la vida
sembrando estrellas y tejiendo rosas.

CASA DE LA CULTURA
SAN MARCOS, Depto. de San Salvador, El Salvador, C. A.
MINISTERIO DE EDUCACION

II

Tejiendo rosas y sembrando estrellas...
Pero el engaño a la visión se junta,
como son, en el alba que despunta,
claros los tintes y las sombras bellas.

En este deshilar de mis querellas
se enreda entre mis manos la pregunta:
¿quién me dio la canción? ¿qué voz me apunta
el buen camino y las doradas huellas?

Yo ignoro si esta lámpara que arde
—lámpara triste de una luz cobarde—
alumbrará mi hielo en el vacío...

Sólo sé que, tendida al sol y al viento,
sobre la danza de las horas siento
que aún canta la ilusión, y el canto es mío.

III

El canto es mío y la ilusión aún canta...
Pulso en mis venas y en mi sed espuma.
Anhelo vertical, que resta y suma
el grito que del barro se levanta.

Y el plomo de mis alas no se imanta...
Y un doble afán de transparencia y bruma
cristaliza mi voz, cuando rezuma
humedad de silencios mi garganta.

El canto es mío... ¡Sombra luminosa,
red para la nocturna mariposa
que, en delirios de sol, la llama espera!

¿Cómo partir si el vuelo me intimida?
No sé. Pero yo ensayo la partida
poniendo a la ilusión alas de cera...

LA DAMA GRIS

La Dama gris, la de las manos finas
y ojos color del tiempo, me acompaña...
En mi sed de ascensión, qué fiebre extraña,
qué cansancio de luz en mis retinas.

Aquí, soñando al pie de la montaña,
la Dama gris me envuelve en sus neblinas.
Ayer, un vuelo azul de golondrinas...
Hoy, un leve temblor de telaraña.

¿Y después?... Sólo sé que cuando el monte
se ensanche más allá del horizonte,
mi sueño inútil rodará en pedazos.

Y entonces muda, resignada, inerme,
igual que un niño triste que se duerme,
la Dama gris me tomará en sus brazos...

EL MURO

Suelta ya como el aire... Pero el muro
estaba allí para cerrarme el paso.
Como lo eterno, inconmovible y duro,
y desalentador como el fracaso.

El muro...

Entonces fue cuando la voz de alerta
de otro claro viajero que venía
en pos de mí —¿desencarnado guía?—
me dijo:
Hay una puerta...
¡Búscala, compañera, aún es de día!

Búscala, compañera, aún es de día...

Fosforece mi rostro
a la indecisa claridad verdusca.
Palpo el muro. Lo increpo. Al fin me postro
de rodillas... El otro me sostiene
y me alza y grita:
¡Busca
de prisa ya porque la noche viene!

De prisa ya porque la noche viene...

Luciérnagas prendidas
en mis cuencas sin brasas. Cien caídas
y la voz que me empuja... El inseguro
valor se me deshiela a cada salto.
No la hallaré...
Quizás, bajo el conjuro
de este látigo loco que me hostiga,
despedace mi cráneo contra el muro.
Y el otro, tras de mí, gritando siga:
¡Entra!

...Y el muro cada vez más alto.

EL TIEMPO PERDIDO

Punto muerto de la vida
aquí estás.

El cielo inmóvil parece
perplejo de eternidad.
La luna, reloj sin cuerda,
No gotea su tic-tac.
El viento flojo ha perdido
el parche de su timbal.

¡Andan los duendes azules
sueltos en la oscuridad!

Yo voy siguiendo mis pasos
al azar,
como la huella a la rueda
como el principio al final.

En la cifra del silencio
yo soy el número impar...
¡Me arrastra el alba futura,
me empuja el día de atrás!

Y en la sombra
alguien pregunta: ¿Quién va?
Mis pasos rondan el eco,
sin eco, en la soledad.
...Con mis cadenas vencidas,
con mis llamas de cristal,
con los presagios al aire
y el corazón en zig-zag:
¿sé yo misma lo que busco
en este trance de andar
como una brújula loca
sin la virtud del imán?

Punto muerto de la vida
aquí estás.

Al alba, froté los ojos;
abrí la puerta a mi afán:
el mundo estaba a mi alcance...
Salí alegre y eché a andar.
Angeles fueron conmigo
y fue conmigo Satán.
En cada nuevo horizonte
vi encenderse una señal...
¡Y el sol me cosió los párpados
con hilos de claridad!

... Rutas blancas, rutas verdes,
rutas azules: el mar,
la montaña y la llanura...
Nada menos. Nada más.
Sobre la cruz de mis huellas
retorcí mi vanidad
y al eco lancé mi grito...
El grito fue más allá,
tan lejos que nunca supe
dónde fue el grito a parar.

Punto muerto de la vida
aquí estás.

Me acucia el tiempo perdido
en la risa, en el yantar;
en la canción que se tiende
sobre el último rosal.
Agua de nube y de río
me dio la vida a gustar.
Y agua de la fuente negra
el tiempo ahora me da.
Mis hondas pupilas tienen
lluvia y moho y musgo y cal,
con un vacío de espera
y un pavor de claridad.
El arco gris de la noche
se estira, se comba, y ya
el arco envía la flecha
de estrellas, de su carcaj.
Esta noche es como un círculo
fatal.
La noche se lleva al mundo...
¿Adónde lo va a encerrar?

Punto muerto de la vida
aquí estás.
En el umbral del olvido
me sentaré. En el umbral
donde el oído resbala
en la pregunta tenaz.
Paréntesis que se cierra
en la sílaba final
con un chirrido de angustia
como la llave al girar.
Al alba, la luna negra
en mis ojos rodará.
Cuatro lágrimas, vestidas
de hielo, la empujarán.
Por el camino sin nombre
que se tuerce en espiral,
un son de campana ciega
con mi sangre rimará.
El son —¿mi son?— que repite:
¡Nada menos! ¡Nada más!

¿Esta será el alba de oro,
la única. la puntual?
Salí del tiempo perdido.
Y el tiempo en mi ser está...

¡Andan los duendes azules
sueltos en la eternidad!

EL VIEJO PAREDON

En este viejo paredón hay rosas.
Y no es milagro. Ha sucedido así
porque, junto a las húmedas baldosas,
planté rosales de pitiminí.

¡Con qué alegría esta mañana vi
cundido el viejo paredón de rosas!

Ahora parece que sonríe el muro.
Ahora el jaramago
rastrea humildemente ante el halago
de la jubilación... Y el canto duro
que tiñó el moho, que lamió la lluvia,
tiembla al contacto dulce de la hoja.
¡Si hasta parece que su arista roja
bebe la luz, y la devuelve rubia!

Me condolía su tristeza plana,
su aridez vertical. Y sus rendijas
llenas de musgo y de pelusa cana,
de caracoles y de lagartijas.

Hoy, es como un altar en mi jardín
redundado de pájaros. El muro
ciego, gotoso, ruin,
se siente joven y su aliento es puro.

Sombra... —¡mi pobre sombra compañera!—
cuando mi forma, ya sin primavera,
aún pida sol y canto y mariposas:
como un milagro, el corazón espera
que la caricia de tu enredadera
cubra mi viejo paredón de rosas...

NADA

Antes la sombra y al final la sombra.
Nada más. ¿Y el minuto de la vida?
Este peldaño de la luz caída
¿qué rumbo marca o qué camino escombra?

Un círculo de huellas en la alfombra
del mar, cierra mis pasos sin salida.
¿La noche es como un alba introvertida
en el umbral de Lo Que No Se Nombra?

Niebla en la niebla. Cuando baja y sube
mi lámpara interior, palpo la nube
que atisba el horizonte. Pero tarda

la aurora fija en el reloj de hielo...
¡Y aguarda como un trino mi desvelo
sin saber todavía lo que aguarda!

S E D

¿Esta mirada casi verde, es mía?
Desatada del tiempo, ¿qué paisaje
se me enreda en los ojos todavía?

Así, mirando sin mirar, el viaje
rueda dentro de mí. ¿Qué sol de hielo
congeló en mis retinas su mensaje?

Lancé mi sonda de ilusión al cielo
cuando sobre mi sed pasó una nube.
Y un engaño de luz quemó su vuelo.

Mas, por el hueco de mi sangre, sube
el soplo de lo yermo y lo divino:
sombra tal vez con alas de querube...

Descalza la raíz y húmedo el trino,
esta mirada casi verde ¿esconde
un presagio de musgo en el camino?

El viaje inmóvil de la arcilla... ¿Dónde
signará mi canción la última huella?
A mi largo llamar ¿qué voz responde?

El desamparo de mis ojos sella
la hora en fuga. ¡Y mi visión cobarde
no atisba la caída de una estrella!

Más allá del jardín, puso la tarde
su rescoldo de pájaros y rosas.
Cada silencio es una espina que arde.

Silencio... Ante las cumbres misteriosas
¿cómo encender mi lámpara vacía
y mi niebla poblar de mariposas?

Tras del muro de carne que me espía
juega la luz. Pero en la luz cerrada
¿qué alondra me dirá que aún es de día?

¿Sabré de la razón de mi jornada
cuando una araña azul tapie mi boca
y el clamor de mi sed vuelva a la nada?

Sed de agua y sal, que me rezuma y toca
el limo amargo de la tierra. Muerde
en mis raíces la pregunta loca:

¿Esta mirada casi verde, es verde
porque espera mirar? ¿Son mis hermanos
la onda que va y el rastro que se pierde?

No sé. Pero interrogo a los lejanos
augurios de la fuente prometida.
Sed hasta el fin... ¿Me acercaré a la Vida
con un camino verde entre las manos?

PENUMBRA

La hermana sin nombre, la hermana
que cruza por todas las sendas,
me dijo una vez que la carne
jamás se convierte en esencia,
que sólo el espíritu logra
subir a la altura que sueña,
que en cada dolor escondido
enciende su llama una estrella,
que el puro cristal del estanque
en ondas rizadas se quiebra
si, bajo la umbría del bosque,
las hojas tempranas lo besan,
que hay días cuajados de sombras
y noches que ciegan.

La hermana sin nombre, la hermana
que tiene las manos de cera,
me dijo que, al son de la lluva,

deliran las rosas enfermas,
que el viento, la nube y el rayo
se buscan, se tocan, se incendian,
que el río que pierde su cauce
al fin del camino lo encuentra,
que en todas las cosas se oculta
un alma divina y eterna,
que hay algo mejor que el olvido:
la fría quietud de la piedra,
que el agua dormida del charco
ignora la sed de la arena,
que sólo palpita en la forma
la luz pasajera.

La hermana sin nombre, la hermana
que todo lo afirma y lo niega,
me habló de una fuente imposible
que calma las bocas sedientas;
me habló de los ojos sin lumbre,
me habló de los pasos sin huella,
del ascua tornada en cenizas,
del pálido beso que hiela,
de un alba nocturna que sólo
las claras pupilas contemplan,
del grito interior, de la lágrima
caída en la tierra.

La voz de la hermana sin nombre
los párpados rojos me quema;
mis manos, teñidas de luna,
como alas de pájaro tiemblan;
atada al silencio, mi boca
la loca pregunta me sella:
¿qué sigue después de la angustia?

¿quién traza su signo en la niebla?
¿en dónde se apaga la vida
y en dónde la Vida comienza?
Detrás del telón invisible,
¿hay alguien que espera?

La hermana sin nombre, la hermana
de leve contacto de seda,
la hermana que todo lo sabe,
no sabe decir su respuesta.

Un eco de música triste
empaña el azul de la ausencia;
un fino tic-tac en la sombra
empuja las horas que ruedan.
¡Prisión que retiene mis ansias!
¡Pavor de la noche que llega!
No veo a la hermana sin nombre,
pero ella está cerca...

¡La aurora, la aurora, la aurora!

. . . . . .

Sentí que se abría una puerta...

DIVINO AMOR

I

Si el Amor está en mí, ¿por qué su ausencia
ronda mi corazón y lo alucina?
Y si lejos está, ¿por qué se obstina
en cegarme de luz con su presencia?

Igual que el vaso que perdió la esencia
una angustia de sed me desatina.
¿Cómo beber la sangre de la espina
y mi barro colmar de transparencia?

Amor, que me persigues y me huyes,
buscándote y buscándome: ¿no intuyes
la senda clara y el seguro abrigo?

Tras del párpado leve que te esconde,
sé que es tu voz la que a mi voz responde
y que, no estando en mí, tú estás conmigo.

II

Aquella tentación, aquel sendero
abierto en cruz a la visión dorada,
aquel trino de alondra en la alborada
y aquel embrujo del primer lucero...

Hollar de rosas con el pie ligero.
Temblor de luna entre la fronda... En cada
repliegue del enigma, tu mirada
alumbrando los ojos del viajero.

Negra la veste y la mirada huida,
te busco, Amor, como la luz vencida.
Alba de ayer. Silencio del ocaso...

Y en mí se enciende tu caricia muda.
...Iba en mis ojos la visión desnuda
y tu presencia la envolvió a su paso.

III

Amor, no volverás... Sé que mañana,
cuando torne otra vez la primavera,
perdido el rumbo la ilusión viajera
no atisbará tu signo en mi ventana.

Ni codicia de sol. Ni luz cercana...
Sordo el oído a la canción de afuera,
mi alucinado corazón no espera
tu beso amigo ni tu voz hermana.

Amor, no volverás... Pero si vuelves
al filo del crepúsculo y me envuelves
en tu clámide gris, ya sin preguntas

iré contigo. Y me verás entonces,
bajo un oscuro resonar de bronces,
el paso inmóvil y las manos juntas.

SOBRE LA MISMA PIEDRA

Sobre la misma piedra, cuando tú pases, Tiempo,
sin fin y sin principio,
sin forma ni color;
tiempo de mar y selva,
tiempo de espacio y nube,
tiempo de donde vine,
tiempo hacia donde voy...
sobre la misma piedra
donde tú me dejaste,
bajo un silencio claro te aguardará mi voz.
Será mi cuerpo, entonces, como un árbol al viento
redundado de nidos
y con la cima en flor.
Mis pies, hechos raíces,
escarbarán la tierra.
Mis brazos, hechos ramas,
se tenderán al sol.
¿Cuál será mi saludo?
¿Me doblaré a tu paso

con el curvado signo
de la interrogación?
¿Se agitarán mis hojas
en señal de aleluya?
¿Haré sonar mi copa como un gran caracol?
Sobre la misma piedra donde tú me dejaste
porque opuso a tu brío
mi mansa rebelión,
me encontrarás humilde
sin pedirte que seas
para mi tronco, savia;
para mis hierbas, hoz.
¿Y si tardas? No importa
te esperaré lo mismo,
con la marea de antes
con el remanso de hoy.
¿Avizoré tu límite
y he visto en el espacio
las agujas inmóviles del eterno reloj?
Ah, cuando pases, Tiempo, desorbitado y mínimo,
cómo he de agradecerte
la incomunicación.
Porque en este abandono
de mi sabio desierto
he sentido acendrarse
mi armonía interior.
Todos mis pensamientos
se han deshumanizado
como la luz del día,
limpios de imperfección.
En mí, como en la arena
que guarda los sonidos,
ha penetrado un poco del silencio de Dios...
Pero... aunque tú no pases, sé que en el mismo círculo,
cárcel de mi horizonte,
has estado en mi Yo.

No te alejaste, Tiempo,
cuando nos separamos
si, a cambio de tu ausencia,
yo te di mi prisión.
Y hemos estado juntos
sin comprenderlo ¡siempre!
en la sed de los sueños
y en la hez del rencor;
hasta en los días crudos
en que el alma se hiela
y un ácido de angustia desintegra la voz.
¡Ah de mi larga espera con el alba en los ojos!
¡Ah del camino blanco
de la renunciación!
¡Ah del péndulo rígido
que no marca la hora!
¡Ah del silencio oscuro
donde duerme el clamor!
¡Nada he podido, Tiempo,
sin que tú no quisieras,
porque, sin mí, Tú eres;
pero, sin ti, No Soy!
Sobre la misma piedra donde tú me dejaste,
¿seré otra piedra, un día, que se calienta al sol?

HOLOCAUSTO

A Claudia Lars.

Luz que en la soledad madura el hielo.
Cauce de sed y curva que se inicia.
Imán de perfección, que alza y propicia
el faro inaccesible de mi anhelo.

No sé si, en mi holocausto, el goce es duelo,
dardo que hiere o ala que acaricia...
¿Vértice de la luz? ¿Alba novicia
tatuada de horizontes para el vuelo?

Ardiente en la raíz; mi son intacto
filtra un claror de lámpara futura
en cada espina del rosal abstracto.

Y en vértigos de abismos y de altura,
se me quema el dolor, sellando el pacto
de la ceniza con la brasa pura...

FUGA

¿Un huésped invisible?... Esta mañana
tembló la luz en mi sellado huerto
y oí los pasos de mi lenta hermana.

...Se ha detenido ante el balcón abierto
y me ha cerrado la ventana.

¿Y cuando venga
el son de ayer que remansó mi vida?
Tras de las rejas, la canción perdida
acaso, temerosa, se detenga
creyéndome dormida.

¡Ah terca, ah vana
noche sin noche! Mi obsesión hilvana
un anhelo de fuga todavía.
Pero... ¿hasta cuándo esta penumbra fría
y esta prisión?
...¡Es tan hermoso el día!
¡Y me han cerrado la ventana!

LA VOZ PERDIDA

I

Encendido Pastor del paso leve
y del ojo sin mancha que vigila,
soy el cordero que perdió la esquila
y subir a tu amparo no se atreve.

Mi sombra frágil, que a tu luz se mueve,
una ilusión de eternidad destila.
¿Cómo hallar, bajo el péndulo que oscila,
tu paso que me ronde y que me lleve?

No en la miel, no en el nido, no en la rama,
sino en tu voz, que sin llamar me llama,
atisbo la presencia de mi Dueño.

Y estoy en Ti como en el mar la espuma:
Tú limpia claridad, yo sed de bruma,
Tú lo más grande. Yo lo más pequeño...

II

Sentí que iba a venir... Abrí la puerta
y eché a volar un pensamiento puro.
Bajé al jardín y coloqué en el muro
un haz de rosas y una jaula abierta.

Tibia la boca, el corazón alerta,
tendí las manos al Amor seguro.
Y el alba inútil apagó el conjuro
con las cenizas de la luna muerta.

Mas sé que vino sin venir. Que vino
hasta mi alcor. Puso en la jaula un trino,
agua en mi sed y, en mi silencio, arrobo.

¿Qué son de esquila respondió a su canto?
...Sólo más tarde percibí su manto,
vellón de luz, en el cubil del lobo.

III

No viene ya quien, sin venir, venía...
¿En dónde el eco de su voz ausente
y aquellos ojos de mirar doliente
que alumbraron mi sombra como el día?

¡Este pavor de caminar sin guía
y a contraluz! Sobre la brasa ardiente,
hielo interior, mi desamparo siente
que el eco es mudo y que la brasa es fría.

¿Dónde el Pastor de la sonrisa blanca?
Oigo su paso leve en la barranca...
Y un alba nueva me ilumina dentro

del barro en flor y la raíz madura.
¡Porque ya sé que, entre la selva oscura,
la Voz perdida me saldrá al encuentro!

PESADILLA

Un tren cruzó bajo el silencio...
¿Acaso
el que guarda la noche en su caldera
y nunca llega con retraso?

En el andén de una estación cualquiera,
gente sin nombre se agolpó a su paso.

Tal vez un loco
afán de huir atormentó mi duda.
Si yo monté, si alguien me dio su ayuda
para subir...
No lo sabré tampoco.

Atolondrada pasajera
que no lleva billete ni equipaje,
a nadie pido explicación del viaje:
adónde voy y por qué voy...

Ni espera
alguno mi presencia, cuando baje.

Con las pupilas en tensión,
freno mi pulso y salta mi obsesión
por lo lejano que se acerca y huye,
sin encontrar al paso una estación
en un camino que jamás concluye.

Y entonces temo. Y la pregunta fluye:

¿Este inánime grito en el desierto?
¿Esta gente sin nombre?...
Poco a poco
la luz me llega, pero tarde. Y toco
la rueda móvil de un planeta yerto
girando en torno de su foco
incierto.

La luz...
Como es inútil que repare
el mal querer de mi fortuna,
no pido ya que el vértigo se aclare
sino que el tren, sin arribada alguna,
¿el tren que de la luna va a la luna?,
¡no se pare!

MAR ADENTRO

Este barco de carga, ¿hacia dónde nos lleva?
¿y por qué vamos juntos? Tanto tiempo hace ya
que la niebla nos hizo compañeros de viaje
en aquel otro barco...
Capitán... Capitán...

Pasajera del alba... Capitán de la aurora...
Ruta de los vientos. Nave de cristal.
Arriba, un presagio de estrellas.
Abajo, un sonoro cantar.
Y el olor de la noche desnuda.
Y el embrujo claro de la inmensidad.
Y la sangre loca gritando en las venas:
¡Más allá! ¡Más allá!

¿Y hoy? A bordo de un barco de carga
somos emigrantes, que van
fatigando horizontes ya fríos
bajo un cielo color de metal...

Sin decirnos nada, lo sabemos todo
con un triste silencio de verdad.
Y este mar tan negro que no tiene límite.
Y esta noche que huele a alquitrán.
Y estas olas con aguas de plomo.
Y este viento agudo que no sabe cantar.
Y esta risa enferma, que deja en la boca
un sabor amargo de sal.

Pasajera sin nombre... Capitán de la niebla...
Ruta del vacío. Nave fantasmal.

Tierra adentro me fui con el día en los ojos.
Mar adentro me vuelve la noche a empujar,
con los labios teñidos de cobre
y dos surcos de limo en la faz.
Mar adentro se curvan mis oídos
con los tímpanos vueltos hacia atrás...

Y la voz perdida que rueda en el dombo.
Y la estrella muda sobre el litoral.
Y el harapo inútil que cuelga del mástil
sin la sed de flotar.

Ah, mi compañero, tan cerca y distante
en la travesía de la soledad:
¿hacia dónde nos lleva este barco sin rumbo,
sin luz, sin señal?
¿De dónde viniste? ¿Quién eres
capitán... capitán... capitán?

Ah, mi compañero, de ahora y de siempre,
el que fue y no será nunca más:
liberados del tiempo, quien sabe
si, a la vista del puerto fatal,

aventando las manos ceniza,
tensas las pupilas por el huracán,
como dos niños ciegos nuestros ojos se busquen
y nos miremos con serenidad...
Los brazos caídos como dos aspas rotas
que sintieron un día la inquietud de girar.

Y la nave sin anclas, sin velas, se hunda
como aquel otro barco...
Capitán... Capitán...

LA INESPERADA

Soy la que ha de llegar, y nunca llega.
La que no llegará, pues si algún día
se acercase al poeta, perdería
su medialuz, porque la luz la ciega.

Yo soy la Novia que jamás se entrega;
corporal y sutil, cálida y fría,
que a sí misma se ignora todavía,
siendo principio y fin, alfa y omega.

¡Mas seguidme soñando, soñadores!
Y esperad... Que, al amor de mis amores,
aún el dolor madura en alegría.

Tended la mano ansiosa hacia mi túnica
impalpable de estrellas... ¡Soy la UNICA
que, sin llegar, ha de llegar un día!

NOCTURNO

En la ausencia y presencia de
Alberto Guerra Trigueros.

Yo delante. Las manos en la niebla.
Sólo el augurio de tu voz cercana
aliviando aquel puente suspendido
entre el ser y el no ser. Iba hacia el alba...

Yo, la sed prisionera.
Yo, la nieve hecha brasas.
Iba con la tortura de la forma,
convirtiendo en cenizas mis dos ramas.
Las ramas del ensueño y del olvido
donde la luz se alarga.

Subían de la sima los espectros
igual que las antorchas apagadas.
Quietos mis pasos en el viejo inmóvil
recogía en mi pulso tus palabras.

Iba con el dolor de tu presencia
yo, tu mínima hermana.

¿Y ahora? Tú delante... En la penumbra
hay un temblor de pájaros sin alas.
Es mi voz la que rueda y te persigue
más allá del sonido y la distancia.

Sigo en el puente, con los ojos ciegos,
caminando hacia el alba.

Tú, ya miras. Ya sabes. Ya comprendes...
Está el enigma entre tus manos pálidas.
En tu nueva agonía que comienza,
¿qué lucero caído te acompaña?

¿Qué mensaje de asombro
a mi silencio tu silencio manda?
Caminamos los dos... Y un viento negro
se quiebra en la pregunta solitaria.

Yo, la sed prisionera,
como un sueño dormido que se escapa,
abolida del tiempo y de la forma
arribaré donde tu voz me aguarda.
Tu voz: mi voz...
Ante la misma puerta
¿qué nos diremos sin decirnos nada?

VERTIGO

Al caer de la luz, mínima y quieta,
repaso mi dolor. Y alzo mi vida
lo mismo que una página leída
cuya frase final no se concreta.

El ritmo en fuga, la canción inquieta
—voces de ayer y hoy niebla desvaída—
rezuman en los bordes de mi herida
como el agua se filtra por la grieta.

¡Alas de la ilusión llenas de herrumbre!
Un día azul casi toqué la cumbre...
Y, enferma de horizontes y espejismo,

resbala en mis silencios la congoja
del guía alucinado que se arroja,
por vértigo de altura, en el abismo.

HAN LLAMADO...

Han llamado a mi puerta, tan quedo
como el roce de un ala... Han llamado
en mi tibio aposento cerrado.

Pero aquél que llamó, tuvo miedo
de entrar. Y ha pasado.

Cuando el trigo se dobla en mi era
ya sin sol, de la misma manera
alguien llama, a la hora oportuna
en que borda su clara quimera,
en mi rota vidriera,
la luna.

Alguien llama, y se va cauteloso
por el largo sendero en reposo,
por los negros cipreses en fila,
donde un rayo de luz se deshila
borroso.

¡Oh viajero invisible! Su paso,
como leve crujido de raso,
se quiebra en el viento.
No lo he visto jamás... Pero siento,
cada noche de luna, el fracaso
de esperar, en mi tibio aposento,
su paso.

SENDA DE LUZ

Niebla

Era un hondón de niebla en los suburbios
del espacio... Sin ver, yo lo veía.
Era el Verbo sin Verbo... Mas se oía
clamar su voz en los celajes turbios.

Sin escuchar, yo lo escuché aquel día...

Dulcifiquemos el pecado,
porque el pecado es triste.

El buen cordero que pastó en el prado
ahora es lobo porque el mal lo embiste.
Si Aquél lo quiso así, sea loado.

¡Ah, descifrar! ¡Ah, comprender! En todo
mal hay quizás una verdad eterna.
¿Quién ve, desde el brocal de la cisterna,
el agua limpia sobre el lodo
si pone aceite impuro en su linterna?

Somos los ciegos de la Vida...
Vemos la sangre, pero no la herida.
Y, ante la puerta que marcó la hora,
pobre es la fe si la señal se ignora...
¡Ciegos, que hicimos la primer salida
caminando de espaldas a la aurora!

Benditos la paloma y el milano,
las tentaciones y las ansias puras.
¿Cómo seguir por el camino llano
en el valle de lágrimas y a oscuras,
si Aquél nos huye y no nos da la mano?
Hallar lo que se esconde
y opacamente brilla.
Pero... ¿en dónde?

Es dura, es sorda nuestra humana arcilla;
mas si se le habla con dolor, responde...
Buena es la mies para el que siembra y trilla.

Purifiquemos la intención, no el crimen
de la sutura terrenal. ¡Quien sabe
si al que cayó, cuando su culpa lave,
los ángeles le animen
y hable al redil y su vellón recabe!
Los ángeles confortan, no redimen.

Acaso
fatigando tu destino
huías de ti. Pero encontraste al paso
una fuente sellada en el camino
y allí tu sed y tu impudor lavaste...
Atolondrado hermano: ¿no pensaste
que otro tú-mismo tras de ti venía
de la sed tuya amargamente lleno
y, en vez de agua de lumbre, bebería,
en la violada fuente, cieno?

Dolor que limpia y salva.
Dolor de ser, de duda, de martirio.
Quien va descalzo y, en la mano, un cirio
lleva para su noche, enciende un alba
y en su jardín hace brotar un lirio.

Pasa la nube... Muéstrase la estrella
sin mácula. La hierba y el guijarro
perciben, en la sombra, algo que sella
la luz... ¿Y quién atisba sobre el barro
el pie sin nombre que marcó una huella?

Nada sabemos... Nuestro testimonio
es mínimo. Perdida sobre el piélago
azul, vaga la nota del harmonio;
mas la capta el oído del murciélago:
ángel, tal vez con alas de demonio...
Inútil el ayuno y el cilicio
y al Enemigo entrecerrar la puerta.

¿Cómo rehuir la tentadora oferta
del fruto con su cáscara de vicio?
¡Si el puro Amor que se paró en el quicio
de nuestra red, lo cultivó en su huerta!

Todo se santifica cuando pasa,
por los ojos sin rumbo, la visión
de una fuga celeste... Si la brasa
se quema a fuego lento de ilusión,
el Amor que se fue torna a la casa.
En la piedra dormida
qué temblor de luciérnagas... Las cosas
sienten lo mismo que los seres: vida
profunda. Las pupilas misteriosas

de los astros, acechan... Una herida
puede el polvo sutil dar a las rosas.
Cuando sopla el simún en el desierto
hay un canto de arenas en la duna.
Canta el balcón abierto...
Y el nauta débil que encalló en el puerto
lejos del sol, oye cantar la luna.

Dulcifiquemos el pecado
y amemos todo... No hay umbral cerrado.
No hay azolve que en luz no se resuelva;
ni caminante que, al partir, no vuelva
a transitar por el camino andado.
Romero alucinado
tú, como Aquél y como yo, en la selva
oscura... ¿Y la señal?
Espera el trino
romero alucinado... ¡Peregrino
con una llaga azul en el costado!

La voz sin voz me obsesionó el camino...

ANTE LA PUERTA

Cada minuto que desciende
pone en mi luz una señal:
gota que cae en la clepsidra
con un temblor de eternidad.
Cada sonido que se pierde
sella un mensaje que se va...
Ante la puerta sin salida
mi voz se tiende en el umbral
y quema el aire la pregunta:
¿Cuándo será?

El río triste que no pudo
su cauce roto enderezar,
siente, en el limo de su fondo,
el peso amargo de mi sal.
Cómo en el cauce sin orillas,
rueda un pavor de sequedad.
Cómo en la arena se retuerce
una sed pura de cristal.

Cómo destila mi pregunta:
¿Cuando será?

Arrebujada entre mi cuerpo
oigo latir mi soledad:
presencia frágil de la herida
que nunca cesa de sangrar...
Cruza una alondra por mis ojos
llenos de azul serenidad.
En el perfil del horizonte
traza mi sueño una espiral...
Y se me hiela la pregunta:
¿Cuándo será?

Sé que mis párpados de vidrio
nievan caricias de humedad.
Sé que mis huesos aprisionan
el sueño frío que vendrá.

Sé que en lo oscuro de mis venas
mueve una araña su telar.
Sé que los dedos que se afilan
rosas aún tibias cortarán...
Sé que me roe la pregunta:
¿Cuándo será?

Lo que fue tiempo en el sonido,
lo que fue sangre en el metal,
lo que fue vértigo en el límite,
lo que no sabe adónde va...
¡Y estos caminos que se juntan!
¡Y esta agonía vertical!
¡Y este contorno de la niebla!
¡Y este cansancio de esperar!
Aura... Sopor... Vuelo... Caída...
¿Cuándo será Lo Que Será?

ANGEL EN MI

Te estoy hablando bajo, muy bajito,
sin voz, como se le habla a los querubes.
Pero sé que me entiendes y que subes
del fondo de mi sangre hasta mi grito.

¿Grito? ¿Por qué? Si mi dolor contrito
te percibe sonriendo entre las nubes.
¡Si aquí estoy aguardando a que te incubes
en la sed de mi hondón, ángel proscrito!

Angel en mí, lejos de mí. Tan leve
que ni a nombrarte la ilusión se atreve.
Y, sin embargo, la ilusión te nombra...

Angel en mí, lejos de mí... que existe
sin existir. Porque mi carne triste
bebió tu luz para alumbrar su sombra.

AGUA EN EL DESIERTO

Agua en el desierto...
La bebe la luna.
La guardan los sueños.

Por ser tan remansada
no rima su onda muda con el viento.

Las cadenas colgantes de los astros
se mojan en su pozo de silencio.

Los colores del prisma se desnudan
y se fijan allí como en un témpano.

¿Para mi sed? ¿Para la sed de todos?...
¡Nunca podré saberlo!

Me la brindó la arena misma
en las desolaciones del desierto.
Con átomos de sal desintegrada
y germen de luceros.

Agua contemplativa que, en su fondo,
guarda gritos sin eco
de las atormentadas caravanas
que fueron en el tiempo.
Algunas iban hacia el horizonte
en busca de la línea.
Otras más lejos...
Con los ojos caídos sobre el polvo
arrastraban la sombra de sus cuerpos.
Otras, con la ilusión del espejismo,
alumbraban alcázares de hielo.

Otras, en la atonía del descanso,
erigían pirámides de huesos.
Otras y otras...
En la noche ilímite
pisaban caravanas, sin saberlo.

¿Huyó de los oasis
para desencantar los pozos secos?
¿Se empapó de la esencia de otros mundos
por descubrirse y darse a los viajeros?

¿Para los unos, sorbo de vasija
y síntesis de mar para los menos?

¿Dulce para los dulces paladares
y amarga para aquellos
que se saciaron con el fruto amargo?...

¡Nunca podré saberlo!

Te llamo mía, el agua mía, como
son míos los crepúsculos. . . .
El tiempo
desgastó las aristas de tus ondas
quitándoles la cal, el musgo, el légamo.
¡Te guardó como un cántaro de vida
para el tránsito eterno!

¿Qué manos amorosas
se juntarán para formarte un hueco?

¿En qué labios tardíos
reanimarás cadáveres de besos?

Un día
tu integridad se quebrará a los vientos.
La última burbuja, a flor de sombra,
claudicará en el flébil parpadeo.

Más allá del enigma y de la bruma
irás a congelarte en el silencio.

¿Pero mi sed?. . .
¿Pero la sed de todos?. . .

¡Nunca podré saberlo!

. . . . . .

Cuando el simún, de espaldas a la Esfinge,
libere sus espectros,
naufragará tu luz. . .
Naufragaremos.

ALELUYA

I

Al pie del monte, que medita y sueña,
hay dos caminos blancos que se juntan.
No vienen y no van. Los dos apuntan
hacia mi triste claridad pequeña.

Las cimas donde el alba se despeña,
sabiendo sin saber, nada preguntan.
Esos caminos blancos no despuntan
los pasos, ya sin paso, de su dueña.

Por ese rumbo han de llegar los trinos...
Como la altura que perdió su centro
me muevo sin moverme entre los pinos.

Y al pie del monte arribaré al encuentro
viajando sin viajar... ¡Esos caminos
de mí salieron y los llevo dentro!

II

Yo vi la tala. Yo vi el sauce viejo
hincarse en el final de la alameda
clamando su clamor. Verde que rueda...
La mancha de aquel verde está en mi espejo.

Está como una cimbra. Si me alejo,
la tala entre los filos se me enreda.
El parque era mi parque. Sólo queda
en sus muñones la canción que dejo.

El verde era mi verde. Yo, la arisca
guardiana de la lluvia y la ventisca,
el charco que se orilla o que se esconde.

El sauce era mi sauce. Y yo del sauce.
La tala fue mi tala. Agua sin cauce,
el verde está en mi verde... pero ¿dónde?

III

Así como la nube, así mi traje
sangraba con el sol. Así en la aurora
yo era un ala de lumbre y, en la hora
del véspero, una huida de celaje.

Así como la nube, mi hospedaje
era claro y movible. Ni la espora,
ni el barro, ni la cal: esto que ahora
me oprime con su sórdido ropaje.

Baja la nube, me envolvió la yedra...
Así, con esta vocación de piedra,
piedra yo soy y el cautiverio arrastro

de estar en mí. Pero la esencia sube...
Como la nube, volveré a la nube.
¿Qué estrella ignota seguirá mi rastro?

IV

Sólo mis ojos... Lo demás hundido
en el presagio del que nada espera.
Estando sin estar, la luz viajera
resbala en mi sopor como un latido.

No sé si continente o contenido...
¿Qué son mis pobres manos de hilandera?
Ya muda, ya sin tacto... ¿Cómo era
aquel cantar que me cerró el oído?

Sólo mis ojos... Lo demás, olvido;
angustia de la sombra ante la hoguera...
¿Qué nieve amarga recaló en mi nido?

Sólo mis ojos... Y la noche afuera.
Yo, carne, yo prisión, músculo herido...
¡Sólo mis ojos con la vida entera!

V

Este es mi hueco largo, mi reposo
ganado al tiempo. Mi rincón austero
donde, soñando sin soñar, espero...
Costra de sal donde mi línea poso.

¿Quién trajo hasta mi arrimo el don piadoso
de una ventana que no se abre? Quiero
guardar la lejanía de un lucero
aquí, junto a mi musgo silencioso.

La lluvia, no. Las algas que me crecen
en los brazos tendidos, humedecen
este reposo de mi hueco largo.

La lumbre a mí. Que si soñé despierta,
dormida sueño una ventana abierta.
¡Aleluya! ¡Aleluya! Y sin embargo...

VI

La dulce cárcel; la de ayer; la mía...
Arco de ensueños, jaula de colores,
mundo perdido en mundos interiores
donde jugaba con mi sombra el día.

En la ausencia total, mi luz vacía
atisba a los extraños moradores...
Mi greda humilde, trasmutada en flores,
no abandona su cárcel todavía.

Lejos mi voz. Pero otra voz levanta
un azul de presencia... ¿Qué sonido
se filtra, tierra adentro, en mi garganta?

¡Oh goce puro de saber que he sido
y ya no soy! Cuando la tierra canta
no hay ausencia total... Nadie se ha ido.

VISION DE LYDIA NOGALES

Esa semisonrisa dolorida
luminosa de muerte y esperanza,
en los abismos que el dolor alcanza
muestra el misterio que tu boca olvida.

Vértigo extraño. Alba de la Vida.
Pálida huella del pesar que avanza
Mientras lejos de ti la lumbre danza
brindas al mundo tu ardorosa herida.

Agua de sombra, trágica dulzura,
nido de aroma y música de altura.
Clara sonrisa que florece incierta,

tímida en duelo y celestial primicia
¿Evocas la existencia que se inicia
o estás ya, acaso, ante tu puerta abierta?...

Juanita SORIANO.

INDICE

	PAGINA
Nota Editorial	I
A Lydia Nogales	7
El viaje inútil	9
Danza de las horas	13
La dama gris	19
El muro	23
El tiempo perdido	27
El viejo paredón	33
Nada	37
Sed	41
Penumbra	47
Divino amor	53
Sobre la misma piedra	59
Holocausto	65
Fuga	69
La voz perdida	73
Pesadilla	79

PAGINA

Mar adentro 83
La inesperada 89
Nocturno 93
Vértigo 97
Han llamado... 101
Senda de luz 105
Ante la puerta 111
Angel en mí 115
Agua en el desierto 119
Aleluya 125
Visión de Lydia Nogales 133

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Se terminó de imprimir el 12 de agosto
de 1977 en los Talleres de la Dirección de
Publicaciones del Ministerio de Educación.
San Salvador, El Salvador, Centro América.

FECHA DE DEVOLUCION	
8 - Sep - 82	
18 - Oct. 82	

ES861
N

Nogales, Lydia

Autor **Niebla.**

Título

6-Sep82	Carlos Arturo Cubias	8-SEP82
16-10-82	Ma. Evelin Santos	18-10-82

Lydia Nogales surgió de un sueño de "niebla". Lydia, la "niña de la palabra de agua pura" que viniera a decirnos: "...fui y estuve... pero nada traje", porque su forma era, según sus versos: "ya sin primavera". "NIEBLA", es una carta enterrada. Es sobre un ser de la nada. El más expresivo personaje del recordado poeta Raúl Contreras.

Portada: GERMAN ARESTIZABAL